

cruel rey conoce todos los males que á sí mismo se acaba de hacer, y revocando la sentencia, ordena con precipitación que saquen á Antígona del abismo donde todavía no habrá muerto y la entreguen con celeridad á los brazos de aquel hijo que la desea y ama. El azadón de los vasallos abre con su pico la misma piedra que había derribado con su mango sobre la cabeza de Antígona. Pero todo inútil, todo; la tragedia se ha consumado. Antígona, para huir á una perdurable agonía, se ha colgado en la caverna de su cinturón, y el amante la tiene muerta entre sus brazos convulsos, sin reanimarla ni con sus besos ni con sus lágrimas. Cleón entra y ruega de hinojos á su hijo que salga y respire con él y con los suyos la vida. Pero Hemón escupe á su cara con horrible desacato y saca furioso de su cinto la espada con aire amenazador. Entonces Cleón imagina que va su hijo á matarlo y huye. Pero Hemón se hunde su arma en el pecho y muere. Como no hay una estatua superior en el mundo á las estatuas de Fidias, no hay en la historia una tragedia superior á esta tragedia de Sófocles. Los dos grandes dramas de la edad moderna, el Hamlet de Shakespeare, y el Segismundo de Calderón, tienen escenas más sublimes inspiradas por el crecimiento de nuestro espíritu en el curso del tiempo y en el desarrollo de la idea. Pero carecen de la perfección absoluta que por sus proporciones y por sus armonías presentan estas obras perfectísimas del antiguo classicismo. Y Antígona queda como una estrella fija en los horizontes del ideal, personificando todas las virtudes más íntimas de su hermosísimo sexo y me-

reciendo toda la perdurable letanía de alabanzas que le consagra la historia.

No podían las letras griegas pasar allende los límites de la humana contingencia é ir á una perfección mayor que la obtenida en los tipos de Sófocles. Así, á los pocos lustros de haber muerto Sófocles, quedaba como dueño del teatro un contemporáneo suyo menos perfecto pero más acorde con la civilización subsiguiente. Aquella incomparable armonía entre la forma y el fondo se rompe, y aquella celestial serenidad olímpica de los personajes, en medio de las mayores penas tranquilos completamente, se desconcierta. Hombres menores que los hombres de Sófocles entran en escena; pasiones más humanas que las pasiones ya vistas batallan en el teatro. A mayor abundamiento, desgraciado Eurípides en su vida conyugal detestará las mujeres como cualquier escritor eclesiástico de los cristianos tiempos. Y, sin embargo, pocos escritores habrán legado á la posteridad tal número de tipos femeniles animados con tal número de pasiones diversas. Pasa en él y con él que la civilización toma caracteres más positivos y tendencias más prácticas. El realismo, que hoy tanto embarga el ánimo de unos y tanto priva en el ánimo de otros, encuentra ya un verdadero inconsciente maestro en este poeta, más parecido á los dramaturgos nuestros que á los antiguos trágicos. Y no tenía remedio, porque las civilizaciones jóvenes, por su propia mocedad é inexperiencia, conocen más el ideal y menos los obstáculos al ideal opuestos por toda realidad. Cuando los héroes de Maratón van desapareciendo en sus tumbas de glo-



ria y los marinos de Salamina van borrándose por los mares que sus aureolas iluminaban, el mundo helénico empieza por necesidad á tender hacia su positivismo, fruto natural de las civilizaciones maduras que comienzan á picarse ya de irremediable decadencia. Y así como las esculturas comienzan á á tomar cierta exageración en sus actitudes, los personajes comienzan á tomar cierta exageración en el teatro también. Y el positivismo, que todo lo invade, la escena y la escuela, con Epicuro la una y con Eurípides la otra, demostrará cómo el espíritu entra de suyo en nuevas y naturales fases.

Tócanos á nosotros únicamente, por el cometido que tenemos, estudiar las mujeres helénicas en el teatro del ya calificado Eurípides, cual acabamos de verlas en los poemas homéricos y en las tragedias precedentes. Son tantas en número, que habremos de limitarnos á las principales, para conocer así el concepto que de las mujeres tenía el mundo clásico y los ejemplares mayores y más ilustres que nos ha transmitido en sus gloriosos testamentos. Eurípides no podía menos que reconocer también algunas de las varias semidiosas, presentadas por sus dos inmortales predecesores al público. Sólo catorce años le llevaba Sófocles, y esta corta diferencia entre ambos explica por qué sigue los pasos de su predecesor hasta invenir la propia senda y madurar la propia vocación. Ifigenia se parece de todo en todo á la infeliz Antígona. Como ésta, pertenece á las edades divinas y á los héroes mitológicos. Como ésta, debe aceptar un sacrificio impuesto por la religión á su patria, y morir, víctima propiciatoria, en aras de

dioses aquejados aún por las bárbaras usanzas corrientes en los dioses antiguos, quienes pedían sacrificios humanos á guisa de antropófagos. Esa Ifigenia, vestida de blanco y coronada de flores, que, alba ternera, cae sobre las aras de cruentas inmolaciones, tiene una representación histórica indudable, tiene la representación de los últimos sacrificios humanos conocidos en aquellos remotos tiempos de transición entre las viejas sociedades asiáticas y las nuevas sociedades helenas. Pero no, pertenece Ifigenia verdaderamente al tipo y ejemplar de las heroínas vulgares en Eurípides. Hay otras nacidas más directamente de su genio y reveladoras de una fase del antiguo espíritu femenino, que nos conviene mucho examinar.

El personaje más propio del trágico Eurípides pareceme la celosa, y por sus celos universalmente célebre, Medea. Esta especie de maga, término medio entre los tiempos hiératicos antiguos y los tiempos humanos modernos, representa un aspecto del amor y de la mujer que no habíamos visto en el teatro griego. Por de pronto parece que aquella fuerza del destino, bajo la cual se doblaban los personajes de Sófocles y Eurípides, queda reemplazada por otra fuerza tan vigorosa como la pasión humana. Medea representa la voluntad intensísima, la voluntad incontrastable, la voluntad en una energía confinante con todos los desarreglos del delirio y del desvarío. Amó á Jasón, y arrojó en aquel amor todo cuanto podía importar á su vida y á su honra en el mundo. Padre, patria, hermanos, dioses, todo lo sacrifica Medea, en su demencia, por el



hombre á quien amara con tanta exaltación. Y un día le cuentan que aquel Jasón, por quien ella lo había sacrificado todo, trata de abandonarla, casándose con una joven princesa de Corinto. Cuando la maga sabe su desgracia, salta como la serpiente pisada y dolorida. Parecía en aquel trance una furia infernal, según el desorden de sus cabellos, la llama de sus ojos, el veneno de maldiciones destilado por su viperina lengua, los estremecimientos de su cuerpo, sacudido por una epilepsia terrible, y los gestos de venganza, con los cuales diríase que intentara la ruina del mundo y la lucha en una titánica guerra con los mismos cielos. Al verse, después de haber cometido tantos crímenes, sola con sus remordimientos, Medea no vive ya más que para la venganza, y no piensa en otra cosa que satisfacerla por medio de un crimen, ante cuya enormidad palidezcan todos sus antiguos crímenes.

Nada tan violento y tierno á un tiempo como las quejas de aquella mujer ofendida. Óyense al par en ella maullidos de tigre y arrullos de tórtola. En algunos momentos sus ojos y su mirar se tiñen de la reconvención suave pintada en los ojos de la cierva herida, mientras en otros instantes relampaguea odios como la leona febril y encelada en el inmenso desierto. Para ella, la mujer que abandona un hombre, no puede jamás herirlo, cual hiere un hombre á la mujer á quien abandona. Para los hombres hay siempre ambiciones, debates, batallas, guerras, mientras para la mujer sólo hay el gineceo solitario, donde se halla reclusa, y en la necesidad tristísima de mirar siempre y remirar á su

corazón mordido por los celos y á su alma desolada en la viudez terrible de una soledad espantosa. Quien así, con esta increíble amargura, sabe dolerse ¡oh! sabrá con mágica sabiduría vengarse también. Desde que recorre la casa, y sólo en ella ve su propia sombra; desde que una noche sucede á otra noche sin sueño en el tálamo abandonado y frío, Medea, sacudida por los estremecimientos de un dolor sin igual, busca y rebusca en cuanto la rodea y en cuanto tiene los medios indispensables á satisfacer la primera entre todas sus necesidades, la necesidad imprescindible de una venganza gigantesca, cual no pueda idearla ni la fantasía más creadora y fecunda, pues si por amor á Jasón inmoló á sus dioses, por odio á Jasón inmolará también á sus hijos; y este pensamiento la posee y la domina tiránicamente con una horrible obsesión. Así ha pasado á la posteridad Medea como un monstruo de celos y como una imagen de las furias que puede la venganza desatar en los corazones femeniles.

El rey, en cuya familia entra Jasón, advertido por experiencias reveladoras, comprende cuán precaria felicidad gozará su hija mientras la maga esté cerca, y decreta su expulsión. Al recibir la noticia de tan terrible sentencia, Medea muestra las formas de que puede revestirse y las industrias con que puede á sus enemigos engañar. El furor ha desaparecido por completo de su alterado espíritu. Aquellos ojos no relampaguean con ira ni aquella voz truena maldiciones. Como el águila herida y moribunda, que á tierra baja sus alas y se cubre con ellas el cuerpo, en vez de agitarlas por lo infinito,



Medea entra en humilde resignación. Y hace más: aunque soberbia de condición, se arrastra por el suelo, y ya que no puede otra cosa, pide un día de plazo para salir y dejar aquel sitio, de donde la expulsan, tanto como los reales decretos, sus propios acerbísimos dolores. El plazo es acordado, y en su brevedad madurará Medea la venganza, tanto menos humana cuanto más rápida. Invoca, pues, con furia á Hécate, y apercibe todos los elementos necesarios á la satisfacción de su deseo. En esta conjuración llega su amado, que trata con ella misma de procurarle asilo seguro, donde pase la vida en paz y atiende con solicitud maternal á la educación de sus hijuelos. Verlo en su presencia y enfurecerse con exaltación es obra de un minuto. Las esperanzas de felicidad libradas en su amor, los goces pasados en sus brazos, los bienes puestos á su disposición, los crímenes cometidos en su provecho le bajan al corazón desde la memoria y lo desgarran á una con el filo de sus terribles emociones. Así dice que Jasón sólo ha podido cometer la maldad de aquel abandono cegado por una idea terrible, por la idea de que habían muerto los dioses, ante cuyas aras prometió amor, y suspendídose todas las leyes divinas y humanas, así en la sociedad como en el universo. Después de tal consideración, le reconviene amargamente y le da en rostro, tanto con los servicios que le había prestado como con los crímenes que había cometido en su pro. Jasón responde á las reconvenciones, y dice como cuanto ella por él había hecho se halla con usura pagado por la felicidad que le diera su amor y por

el nombre que maga venida en malhora de luengas tierras alcanzara en región tan culta y espléndida como Grecia. Luego el amor no puede presentarse jamás como mérito, si atendemos á que no ama el corazón por albedrío propio, sino á pesar del albedrío, merced á una fuerza incontrastable. Medea, queriendo á Jasón, ha obedecido simplemente las incontrastables sugerencias de Venus.

La mujer así denostada hubiera desgarrado á Jasón como una furia si oyese las voces de su alma, pero se refrena con imperio y disimula con arte á fin de asegurar y extender su venganza. Estallando en reproches terribles y amenazando con maquinaciones violentas conseguirá, ó que la echen más pronto de aquel sitio necesario á su rencor, ó que la desconcierten sus planes con alguna prevención acertada. Pásase, pues, ambas manos por el rostro y dice á Jasón cómo está para todo apercibida, pues ya cuenta con asilo asegurado á su tristeza en la ciudad y corte de Atenas, la sabia, si ha de creer á su rey Egeo el bondadoso. La pantera encoge sus uñas y alarga su cuerpo con la docilidad y la coquetería de una gata. Y en prueba de su conformidad trae los pequeñuelos habidos en ella por Jasón y les ordena que abracen y besen á su padre, quien, si con otra mujer se desposa, es tan sólo para granjearles á ellos en lo sucesivo poder y bienestar. No faltara en esta reconciliación apariencia ninguna de sinceridad, pues Medea llora, y abrazados padre, madre, hijos, forman un grupo de dioses penates, felices todos en el templo de un hogar tranquilo. Tras estas fingidas



expansiones Jasón se va llamado por los preparativos de sus nupcias, no sin prevenir antes á su abandonada esposa que le remita los hijos al regio palacio con los regalos prestables á la que por adopción espontánea tomará desde aquel instante caracteres de madre. Medea conoce cómo sus hijos obtendrían mayor felicidad en la nueva que en la vieja casa, y propende á desasirse de su compañía y sacrificarse así por su futura suerte. Mas, vengativa, su venganza lo podrá todo en aquel pecho iracundo, y á la venganza entregará su corazón de madre. Así expide los hijos á la novia de su esposo; pero cargándolos de presentes nupciales nefastos á las nupcias. Cuando Jasón la presenta sus pequeños, la joven desposada no puede menos que apartar con tristeza de ellos el mirar, movida por celos y recelos naturales á un corazón de mujer. Mas, como traen regalos valiosos, fijárase atenta en el esplendor de tales joyas y las recogerá de sus manecitas, holgándose con verse aún más hermosa: que si procediera de otra suerte no sería mujer.

Rica diadema la llevaba el uno, *peplum* ó manto el otro. Pero los dos regalos ¡infeliz! van empapados de sustancias, las cuales arden á los pocos minutos de hallarse con el cuerpo en contacto. La novia no sabe tal cosa, ni siquiera la sospecha, y se viste con el ropaje y se ciñe la corona que le han presentado las rosadas manecitas de dos inocentes. ¡Cómo se mira en los bruñidos mármoles y aceros á guisa de nereida reflejada en el cristal de las ondas! Su diadema despide un resplandor verdaderamente mágico y hechicero, que ofusca, mientras el *peplum*

se tiende sobre su cuerpo en pliegues dignos del manto de una diosa. Todo lo ha olvidado, el antiguo matrimonio de su novio, el embargo natural á la proximidad inmediata de su boda, el envío de hijos engendrados en ajeno tálamo, hasta los gritos lanzados por su rival que llenaban los aires de Corinto, para sólo recrearse ufana en las gracias múltiples añadidas á su natural gracia por aquellos espléndidos adornos. Pero bien pronto conocerá el maleficio. En efecto, la corona comienza por calentar las sienes y concluye por abrasarlas. Truécase la túnica en hoguera que rodea y consume todo aquel hermosísimo cuerpo. El metal derretido la devora los ojos y la desfigura todo el rostro. Las llamas hacen hervir la sangre con ebullición espantosa y tostarse las carnes sobre los huesos calcinados. La que, minutos antes, en la impaciencia de sus nupcias, sentía discurrir por sus venas el calor benéfico de una pasión dichosa, en este horrible trance sólo siente los dolores producidos por los estragos de un fuego voraz prendido á su cuerpo que se deshace y acaba en convulsiones y espasmos horriblos. Y al mismo tiempo que sucede todo esto con su rival, Medea coge sus hijos como hijos de Jasón también y los trucidada, sin oír las súplicas que la dirigen y los clamores que lanzan. Cuando el infeliz padre quiere interponerse, descubre tan sólo un carro de fuego mágico tirado por genios sobrenaturales y extraños, donde la maga desaparece por los abismos del aire con los dos cadáveres de sus recién inmolados hijuelos á sus plantas. Así pintaba Eurípides los celos en las mujeres.



Y como en el poema y en el teatro, resplandecen las mujeres helénicas en la historia. El amanecer de aquellos tiempos ilumina un combate mortal entre los hijos de Lacedemonia y los hijos de Mesenia. Pues en ese combate aparece la mujer de uno y otro pueblo rayando en heroísmo junto al hombre. Como la edad es una edad terrible de guerra, en la guerra deberán colaborar las mujeres, pues á la fuerza, y solamente á la fuerza, está entregado todo en estas edades bárbaras y primitivas del mundo natural y del mundo social. No tiene otro sentido la fábula de aquellas amazonas que, cortado el pecho y puestas en briosos caballos, montan el arco y despiden la flecha con el arte y el heroísmo de cualquier diestro guerrero. Para domar las fuerzas naturales, subvertidas en su daño y someter las especies encarnizadas en sus combates, el hombre necesita de un auxiliar como la mujer, aunque hayan de alterarse ó suprimirse las virtudes más atractivas y más necesarias del tierno y dulcísimo sexo. Mientras así combaten los primitivos pobladores de Grecia, no aparecen por ninguna parte aquellos que debían engrandecerla é ilustrarla, y son, á saber, los atenienses. Pero si el crepúsculo de su vida gloriosísima despunta, la mujer aparece ya deslumbradora, presagiando una civilización superior con el ejercicio de aquellas virtudes congénitas á su condición y á su naturaleza. Y daremos como ejemplo de tal aserto la misericordia de las mujeres Arcontes, que salvaron á los cómplices de Cílon, castigado por sus conjuraciones contra la libertad ateniense. Desde los albores de su demo-

cracia, el pueblo de Atenas presenta mujeres ilustres, consagradas á la defensa de su república. Una joven, hermosa hermana de Harmodio, fué á cierta fiesta religiosa desempeñando el tierno y poético ministerio de llevar en su cabeza los ramos de flores aceptos á las divinidades helénicas. Sabiendo el tirano Hiparco todo el culto que Harmodio guardaba en su pecho á la república de Atenas, agravia en su hermana con crueldad al tribuno, y la despide con afrenta de la sacra festividad religiosa.

El respeto guardado por los atenienses á sus mujeres y la reclusión de éstas en el gineceo, sólo interrumpida por sus asistencias á las festividades religiosas, agravaron el criminal hecho y pusieron de manifiesto cómo reinando en Atenas un tirano á la oriental, no habría, ni para sus hijos libertad, ni para sus hijas honra. Y Harmodio, en compañía de Aristogitón, jóvenes republicanos los dos, juran vengar tal afrenta y redimir de la tiranía su ciudad. Hiparco, en efecto, cayó al puñal de los tribunos; pero salvándose Hippias, su hermano, quien compartía con el muerto poder y autoridad. Así el proceso inmediato siguió al crimen patriótico. Lena, tañedora de lira y hermana en las ideas de los tribunos, por esta hermandad espiritual sufrió la cuestión de tormento, y para no delatarlos entre los torcedores del potro y las rebeldías al dolor de sus delicados miembros y de sus sensibles nervios, cortóse con los dientes la lengua y escupióla valerosa, después de haber adquirido esta indispensable mudez, al rostro de sus verdugos. Mujer pública Lena, es decir, cortesana de aquellas que rompían el secreto



y el resguardo sacratísimo de su gineceo para mostrarse al público y regocijar y encantar la sociedad en calles y plazas, extrañas mujeres, las cuales, si por lo suelto de su vida perdían el honor, jamás estaban en aquel grado ínfimo de horrible degradación á que se hallan sujetas sus análogas en el mundo nuestro, á pesar de esta diferencia, no pudo recibir, cuando la libertad reapareció, aquellas honras guardadas sólo para las mujeres virtuosas y legítimas; pero en memoria suya se levantó la efigie de una leona sin lengua, recordando así el santo y patriótico sacrificio.

No menos que la cortesana de Atenas ha pasado al tiempo y á sus consagraciones inmortales aquella escritora de Argos que se llamaba Telésila. Devota desde la niñez al arte, sólo manejaba el estilo con que se ponía en tablillas los versos inspirados por su genio. Pero como los espartanos asediaron hogar y ciudad, convirtiéndose la tierna escritora en furiosísima guerrera. A sus gritos, hasta los niños y las mujeres se creen héroes y los héroes se creen dioses. A sus órdenes, las puertas de todos los hogares se abren para dejar paso á los instrumentos de guerra y hasta las armas empleadas en los simulacros y efigies de los dioses patrios se usan para la defensa. Dos reyes nada menos asedian el sitio defendido por una tierna poetisa, la cual no se intimida ni cede. Conociendo los espartanos que si vencían á una mujer no alcanzaban grande gloria, y si eran por una mujer vencidos les tocaba irreparable vergüenza, levantaron el sitio y desistieron de la guerra. Pausanias, que cuenta estas hazañas, también

añade cómo los argólicas, agradecidos á la extraordinaria mujer que los salvara, esculpieron su simulacro en bajo relieve magnífico ante las aras de Venus, y para indicar como trastocara los oficios serenos de la idea por los oficios tormentosos de la guerra, pusieronla á los piés sus libros y sobre su cabeza el casco á modo de Minerva. Los focios un día se vieron invadidos por los montañeses de Tesalia. Estos guerreros fortísimos llevaban á la guerra un furor sin igual é infligían á sus enemigos toda suerte de aflicciones. Viendo los focios cuántos males aguardaban á sus familias, propusieronse, antes de irse al combate, no dejar pasto alguno á la probable victoria de los irruptores, y decretaron reunir mujeres y niños en sitio rodeados de una hoguera y abrasarlos á todos.

Un conciudadano de tal gente dice que no puede condenarse á tal horrible muerte las mujeres todas sin oirlas antes y cerciorarse de su voluntad y de su deseo. Daifanto, el focio, que había propuesto la hoguera, se rinde á esta insinuación y admite la consulta. En efecto, clarines y trompetas, heraldos y pregoneros, llaman al bello sexo con los respectivos frutos de sus entrañas, con sus hijuelos, á una grande asamblea. Reúnense las mujeres en virtud del llamamiento, y oyen la proposición, abrazadas á sus hijos, á esas raíces de su vida que atan las madres al suelo y al mundo. No importa, sin embargo, la presencia de sus hijos al valor de las focenses, antes lo excita, y á sus impulsos, todas, sin excepción, se sobresaltan, ofreciendo morir, y presentando al focio que había tenido la idea de ma-

